

Brujas

LA CIUDAD HIBERNADA



En el siglo XII Brujas era un puerto de mar. Hoy la separa de la costa una docena de kilómetros, una franja de tierra ganada, centímetro a centímetro, día tras día, a lo largo de siglos, al mar. Por el puerto de Brujas los burgueses del Norte enviaban sus paños al pequeño mundo de la Edad Media y acumulaban a cambio las riquezas de un incipiente capitalismo mercante, y elevaba de las llanuras empapadas las torres de sus edificios, como gigantes con los pies en el agua y la cabeza en el viento del Este, en un veloz viento levante que lleva desde la tierra hacia el mar el sonido lento y pomposo de las





**LA BELLEZA
DE SU PIEDRA
MEDIÉVAL
SE DESPLOMA
EN SUS CIENTO
CANALES**

***Durante
el reinado
de los duques
de Borgoña
Brujas conoció
una gran
expansión
de las Bellas
Artes.
De esa época
datan
sus mejores
monumentos
históricos:
iglesias,
palacios, casas
de las
corporaciones.
Uno
de los mayores
encantos
de Brujas son
sus canales,
con sus cisnes
legendarios.***



La bicicleta es un popular medio de locomoción en la Brujas de hoy. También, por supuesto, el automóvil. Pero en Brujas abundan los rincones tranquilos y recónditos donde cada piedra es un testimonio de su pujante pasado. En los siglos XII y XIII Brujas fue una gran metrópolis comercial.



Brujas



campanas y los carillones, muchos de ellos electrónicos, porque los alemanes tomaron el bronce para la fundición de cañones en sus dos periodos de ocupación. Brujas fue parte de Borgoña, y en ella Felipe el Bueno, cuando se casó con Isabel de Portugal, para festejar sus nupcias, fundó una de las más ilustres órdenes de caballería, la del Toisón de Oro, dedicada a la Virgen y a San Andrés, con veinticuatro caballeros, que luego serían, por ampliación de Carlos V, cincuenta y uno.

Brujas, hoy, es una ciudad de silencio y agua. En sus cien canales de lenta corriente de llanura al nivel del mar se desploma para reflejarse la belleza de su piedra medieval, de sus edificios que conservan la estructura

social de su gran época, la lonja, la casa de los pesos, las sedes de los gremios, las casas consistoriales. Todo está hibernado en el tiempo, y esa sensación de cristal de hielo que la cubriese se aumenta en el invierno, cuando el frío solidifica una fina capa en la superficie de sus canales. En verano, Brujas sufre el ametrallamiento de las máquinas fotográficas de los turistas, de los americanos que hacen muecas con sus fuertes mandíbulas endurecidas por el chicle para imitar la sonrisa enigmática de las gárgolas para perpetuar así su viaje al tiempo pasado. Pero en el tiempo frío la ciudad vuelve a ser «Brujas, la muerta», como lo era ya en la novela en que su poeta local, Rodenbach, la describiera en los últimos años del siglo XIX.

Rodenbach, neo-romántico de lengua francesa, sentía la estética de la vieja piedra y de la inmovilidad del tiempo, como medio siglo antes lo había percibido Karel Ledeganck en «Las Tres ciudades hermanas», donde Brujas encuentra, en verso, su hermandad con otras dos ciudades de imponente historia flamenca, Amberes y Gante.

Ciudad de mística y de ironía, ciudad de soledad y silencio, volcada un día hacia el desafío del Mar del Norte —olas y filibusteros—, cerrada ahora sobre sí misma, Brujas dejó de ser, como era en la Edad Media, una de las ciudades más ricas del mundo para ser, ahora, una de las ciudades más bellas del mundo.

